

la estepa florecida

Martino Araujo



poesía

lo que se ve desde esta ventana
jardín descuidado pasto hormigas
un borde antes de la pared
cuatro hileras de ladrillos
y un metro de reja arriba
más allá vereda árbol cuneta auto

la mirada se estaciona también
no ve nada de lo que nombra
ni le interesa
ansiosa de un paisaje mental
la ventana cae
abierta
como un perfume
y eso que parece lila o bosque
son hongos
rehogados en manteca
sobre el acero del sartén

PUERTO POLLENSA

como dos gaviotas
arrojadas sobre este llano
se abrazan en el pasto de la noche
lejos del foco de la plaza mayor
y la confitería
acá en la ruta orillada
a espaldas del silo
a minutos del sol
abrazadas como gaviotas
blancas de luna en la playa pampa
donde nadie las ve
o solo yo que es lo mismo
solo con mi anteojo
mirándolas desde hace horas
separarse del mundo como semillas
como dos alas

saben que las miro
y no les importa

las veo vestirse en el primer rayo
desenlazar los dedos

el hueso de la lengua

y volcarse a esa ola

plana de sal y pasto

afuera de la ruta

volviendo a la ciudad

Hace calor y llueve
desde mi hamaca veo
mojarse la arena que rodea la cabaña
las plantas dan agua
el verde se derrama en todas partes
embudo del hogar una gotera
en la frente de mi amado
que duerme y va a ahogarse
la lluvia se multiplica
su caudal casa mar y cielo
crece el agua entre nosotros
y en la frente de mi amado el manantial
llega y le lava los pies
corre por el cuerpo penumbroso
desnudo invita
a dejar el porche
mi tabaco mi cerveza
despertarlo
antes que la gota llegue al pulmón
y me deje solo
frente al ahogado
más hermoso del mundo
al que abrazo

acaricio

y es rémora y plancton

su labio de agua

brotando en mi sexo

hago una rueda con la harina

y en el centro pongo agua y sal

blanco y pegajoso es el mandala

blanda la felicidad de las formas

redonda la espera y naranja

la panza del sol

y el sol de la panza

el horno es una caverna de azúcar

donde las voces de las abuelas bailan

la triste nana y la dulce belleza

y unos corazones de masa

la bacha se sacude entre jabón
cepillo y ropa pesada
bajo el sol bajo el tinglado
el ritmo pegajoso de la terraza
las bocinas abajo marcan
el centro líquido de la ciudad
y arriba es el eco el latido
este piso de brea ardiente
imposible no cantar mientras
se lava se golpea nudillo con
algodón poliéster sedas
negras en la memoria de cada golpe
en la imaginación de piedras
siguiendo la cadena
voces como ríos y arcilla
mi madre mis abuelas
sobre la corriente cantan y canto
la negra limpia sabiduría
a través de la historia la voz
en las cuerdas
enaguas y levitas
tendedero al sol
cestas broches
tabla empotrada en la pileta

en el enjambre de burbujas

flotando

como departamentos

en la revuelta avenida

la verdulera

cuchá

brava la verdulera

fijate cómo sube

dodododododododo

ahí se queda

sostenida por la conga

se queda

se lleva la tradición

al fondo

hasta los huevos

la verdulera

sube que da calambre

hasta el sostenido

se clava ahí

sostenido

baja rápido con negras

marca pero no para

brava

la verdulera

no tiene empacho para llenar

el plomo de las sombras

con oídos

con un montón de botones

y aire

como para llenar un globo

un estadio

como para ponerle una mecha

y esperar lechuga

zapallos

remolacha

el estribillo

largo y repetitivo

como un pabilo

cuchá

zumba la noche

y se quema

la verdulera

arriba arriba

como pólvora

la verdulera

mirábamos la novela

últimos capítulos

puse la pava

ella lo había ido a buscar y él

qué culiado

en la casa de la otra

le chanta un beso y en el bloque siguiente

las sábanas

y la otra que no es mala

te tenés que ir nathaniel

tu mujer se va a dar cuenta

él no quiere

pero igual se para

y no podés

le pega la culpa

le da una embolia

un paro puta madre

ya pasamos por esto la temporada pasada

nathaniel no te mueras

no da terminar así el capítulo

el agua se hirvió y hay que poner

la pava de nuevo

esperar hasta mañana

pasar la noche en blanco

bufando molesto por el clima

los precios los mosquitos

conteniendo el llanto nathaniel

suponiendo lo peor

por el amor de dios

nathaniel

no te mueras

No tengo hijos. No tendré.
Tampoco tengo miedo.
Cuando me venga viejo
van a alimentarme
los amigos el pueblo los medios;
los organismos solidarios son innúmeros.

Eso creo. Esa es mi fe.
Así como es eterna mi canción
los soles viajan de muerte en muerte
de luz en luz
y son la sombra y el tiempo.
Solidarios pero nunca píos.

No dejaré carne latente
y seré del río de las manos
cuando lo tenue se afine
en cuerpos sin resplandor
y en noches sin fuego.

Las razones del canto son inabordables;
así como es etérea mi errancia
es perpetua mi herencia.
Las estrellas se alinean una sola vez
sin dar, nunca, una explicación.

Diario de viaje. Día 61.

Hay un momento del viaje en que se acaba el viaje. O que, mejor dicho, muta y se hace otro, porque en verdad el viaje nunca acaba. Lo podemos ver en algunas películas de Nolan o de Herzog, pensarlo desde el Cortázar más almibarado y también con el bellissimo *Matadero 5* de Vonnegut. El viaje es como el ritmo.

Pero hay un momento en el que el viaje se encausa, se entronca, derrapa. Es la amenaza del cese, del enraizado, del cachado.

La fijeza es una respuesta del cuerpo, como un virus. Una defensa, una reacción, un anticuerpo. La consunción del sistema inmunitario, la *vaccin* del viajante.

De repente, un lugar confortable. Un oasis o la impresión de un oasis. Espejismo.

¿Espejismo? Nada se sabe de si es un sueño en el sueño. O cuando deja de ser sueño.

O si hubo alguna vez sueño.

Reglas de mercado claras. Cuotas y fichas crediticias. Autos accesibles. Transporte público en horario. Urbanización eficiente. Empleos customizados. Cerveza barata.

Un día despertás y ves que en el espejo no hay nada. Una bolsa de arena o peor, arena suelta, remolino. El café pasa de largo y sos resaca húmeda y oscura, saco roto. Otro acento. Bajas hasta la piscina, dejas el apartamento a oscuras, la alberca, ves que sobre la rufa sube el sol, sube y sube, hasta que *go away*. Pareces uno de esos personajes chulos a los que le crecen globos por manos. Balones rojos de gas comprimido, estáticos.

Es la inflexión, la coda del viaje. Escuchás que te habla el cactus, oh, San Pedro gigante, luz de la reflexión, devuélveme al camino. Y la tierra se abre así a tus pies, ancha y deforme.

Y te vas pateando feliz, sin saber, que en el taco de la bota llevás pegada una copia de la Ley de Arizona. Y un *wanted* con tu imagen, la foto en traje de taekwondo, a tus ocho años.

Acúfeno

Dos tazas de té sobre la mesa
esperan que me siente y aparezcas

Que aparezcas porque es noche
y han cerrado fábricas y oficinas
apagado los faroles y la lluvia
como un agua olvidada
se deja ser viento entre las casas

Una sola vela en nuestra mesa
tiembla y se curva
amenaza consumirse sin haber sido
la espalda del día
una noche completa

Salgo al balcón
y desde allí
asimilo el cuarto
la calle
el telón picado

Cierro la ventana

vacío una taza

me siento y sospecho

que no habrá puertas

ni pies descalzos

apenas zumbidos

detrás de todos los edificios

un rayo

como si el fuego pudiese durar

y ser la noche

Bebo un sorbo de té

no hay música en la casa

un puñado de cera derritiéndose

una ceniza permanente

Dormiré sobre la mesa

frente al pocillo que se enfría

con grillos y campanas

y el viento en los cristales

Cuando elegí vivir al oriente

aprendí a escuchar

la delicada fuerza de las cosas

Me pregunto entonces
si podré justificarte
en la sombra de mi oído



Martino Araujo (Morón, Bs. As., 1978). Perito mercantil y licenciado en Ciencias de la Comunicación por la UBA. Participó en la antología *Vidas posibles* (2000), ficciones compiladas por Maite Alvarado y Jacobo Setton para Editorial Eudeba. Publicó el libro de poemas *Cantata* (2008) en Editorial Macedonia, además de un par de plaquetas de autor. Coescribió y codirigió el documental *Alta pluma* (2020). Publicó la novela *Zorro* (2023) como resultado de la convocatoria para la colección Yire de la Editorial Ojo de Loca. Algunos de los poemas aquí reunidos son inéditos.

